

Acerca de lo Médico, lo Psicológico y la Enfermedad Mental

Pascual Merlos

La Psicología, como decía Ebbinghaus, es una ciencia con un pasado largo y una historia breve, porque aunque surge como ciencia a finales del siglo XIX, a partir de los trabajos experimentales de Wundt en Alemania, su contenido, ya era objeto de interés desde la época de la Grecia clásica. La medicina es una ciencia antigua, venerada y documentada desde antes de la existencia de Galeno y de Hipócrates, famoso por su juramento, cuestionado en nuestros días en el permanente conflicto entre lo ético, lo lucrativo, lo inescrupuloso y lo costo-efectivo.

¿Existe o ha existido la Psicología Médica como disciplina; o es simplemente la combinación arbitraria de dos profesiones diferentes? La Psicología Médica ha coexistido desde siempre con la medicina o ¿no es cierto que el antiguo médico de familia, que visitaba al enfermo en sus casas, no sólo enfrentaba la patología somática del paciente, sino que conocía los aspectos psicológicos y sociales del mismo? ¿No es cierto que hoy en día, con el avance de las especialidades y subespecialidades médicas y psicológicas, se corre el riesgo, o es sencillamente una realidad, que se adopte una visión tubular del hombre enfermo, cuya única perspectiva sea la sofisticada estrechez de cada especialidad, dejando así abandonada la rica dimensión biopsicosocial del ser humano?

Cuando estudié la asignatura Psicología Médica como parte de mi currículo de medicina, se me enseñó que se trata de una disciplina joven, que se ocupa de los factores psicológicos que intervienen en la práctica médica, cuyos

objetivos son los de aportar al médico los conocimientos que le faciliten la recolección de datos biopsicosociales, el establecimiento de relaciones médico-paciente exitosas, el manejo adecuado de los pacientes con alteraciones emocionales que se expresan corporalmente, el abordaje adecuado de los enfermos con alteraciones somáticas que conllevan sufrimiento psíquico, y además, la comprensión más profunda de la psicopatología por parte del médico. La realidad es, que la psicología médica, tal y como se enuncia en las áreas de su interés y en el objeto de su conocimiento, parece en la práctica una ciencia olvidada. Pareciera como si la dimensión psicológica en forma de cogniciones, emociones, temores, ansiedades, comportamientos y la dimensionalidad psíquica del dolor no importara o fuera secundaria. ¡Qué paradoja en el mundo donde el hedonismo prevalece sobre el estoicismo!

Las civilizaciones deben evolucionar hacia el ideal del humanismo y de la creación de sociedades más justas, pero pareciera que lo que debiera ser una direccionalidad convergente hacia la humanización y la justicia social que es nuestro prójimo, se convierte en un próximo cada vez más extraño y divergente. La tecnología y la ciencia, productos de la superación creativa e intelectual de la especie humana, parecen estar, más al servicio de los ricos e inescrupulosos, porque es cierto el dato de que hoy en el mundo, hay ricos que son mucho más ricos y muchísimos más pobres e indigentes, que no sólo son más pobres sino más míseros, precisamente cuando disponemos de más potencial para crear medios de producción y riqueza.

Después de este inciso, que no pude dejar de mencionar, y volviendo a nuestra línea de pensamiento, ¡qué poco esfuerzo se ha puesto en las escuelas de medicina en cuidar y entender el componente psíquico de la enfermedad humana.

En nuestra necesidad de diferenciar entre lo normal y lo patológico, hemos adoptado el modelo de enfermedad en detrimento del de salud, y aunque personalmente me ha fascinado el estudio y el tratamiento de la psicopatología, sin negar que siempre nos tendremos que enfrentar a ella, debemos hacer más por prevenirla.

Decía Goethe, que la naturaleza parece haberlo hecho todo en base a la individualidad, no sé si esto es cierto, pero me amparo en un viejo adagio, que me ha inspirado toda la vida, que sostiene que "no hay enfermedades sino enfermos". Y es que los enfermos somáticos y los portadores de psicopatología, tienen nombre y apellidos y la misma, toma las particularidades de aquellos que la padecen. Hagan un ejercicio mental y ubiquense por un momento en cualquier hospital del Puerto Rico. Verifiquen si en la práctica es cierto el adagio de que "no hay enfermedades sino enfermos". Muchos hospitales son expresiones crudas y permanentes del síndrome de despersonalización, de desensibilización ante el dolor y ante el proceso de victimización, y de la pérdida de intimidad en el acto de morir.

Realmente, la psicología médica es una joven ciencia olvidada, porque en su determinismo biológico, amplios sectores de la medicina se sienten incómodos o faltos de interés, en atender a su razón de ser desde una perspectiva holística o sencillamente biopsicosocial. La Psicología en la actualidad, en su afán de escindir-se en especialidades, está corriendo o corre el riesgo de perderse en los mismos derroteros, lo que representaría el colmo del divorcio innecesario de lo humanista y lo científico, del pragmatismo y el idealismo. La psicología, que indudablemente es una ciencia y profesión, debe autocriticarse periódicamente para que no pierda la esencial perspectiva de su objeto de estudio, el humano y lo humano.

Mientras escribo estas reflexiones, me llegan a la mente como si se tratara de una fiel adherencia a la asociación de ideas del método psicoanalítico, varias facetas y realidades personales que conforman mi manera de pensar y de ser, entre ellas mi época de aprendizaje algo anacrónico en mi etapa puberal, de la filosofía existencialista polarizada entre la trascendencia de Jasper y el nihilismo de Sartre; la facultad de filosofía y letras de Granada en España y la búsqueda del humanismo en las manifestaciones de la cultura y la civilización; un libro de Mahatma Gandhi y dos de Martin Luther King y la consiguiente influencia en la adopción de la no violencia y del antibelicismo; la película *Diario de una esquizofrénica* y el surrealismo de su director, del que no recuerdo su nombre; el ideal de justicia social en una España que era en realidad, y como decía Antonio Machado, las dos Españas, una, la de la dictadura moribunda, que como al poeta, me helaba el corazón; y la otra, la de la democracia joven, creativa, tolerante y solidaria que me hacía llevar a la máxima expresión el derecho a la protesta.

En este entorno y con estas bases fundamentales, nace un psicólogo que a la postre estudió medicina. Fue en España y concretamente en la Universidad Complutense de Madrid, una época de grandes y pocos psicólogos, donde coexistían desproporcionadamente las teorías psicodinámicas heredadas de Freud, Adler y Jung, con las teorías del aprendizaje, influenciadas principalmente por las emergentes escuelas norteamericanas desarrolladas a lo largo del siglo XX.

Para que puedan entender la pugna entre los planteamientos de unas escuelas y otras, vean lo que decía mi profesor Luis Cencillo, autor de entre otros muchos libros, *La dialéctica del concreto humano* y cito : “Si por ejemplo, la estructura y el comportamiento del átomo físico, jamás podrán ser investigados a base de datos de la historia del arte

o de la sociología, tampoco podrá ser nunca investigado adecuadamente lo humano y más concretamente la personalidad a base de datos fisiológicos, económicos, sociológicos y zoológicos." Añadía... "la investigación con cobayas nos dará, y resultará en parte útil, lo animal en el hombre y aquellos mecanismos en que este coincida con otros organismos vivientes, pero no podrá arrojar un solo dato acerca de lo personal" y en este sentido afirmaba, que lo personal no consiste en lo condicionable, sino precisamente en todo lo contrario, en lo incondicionado a la vez incondicionable del concreto humano.

Obviamente, son planteamientos críticos de un defensor de una de las escuelas psicoanalíticas europeas, contra la psicología experimental y la teoría del aprendizaje, allá por el último cuarto del siglo XX. Aunque Cencillo en su complejidad me impresionó, la vida, los años y mi contemporaneidad, me ha enseñado que quienes se aferran a defender planteamientos absolutos, yerran. Hoy, después de más de 25 años de existencia en un país denso en su tasa poblacional, en su red de carreteras y en la infinita variedad de tonalidades verdes y azules, sabemos que coexisten escuelas que teorizan sobre el concreto humano, desde la psicodinámica del eterno conflicto humano, desde el pragmatismo de la psicología comercial y desde el interés de ubicar al profesional de la psicología, dentro de la impresionante efervescencia de la psicobiología y de los fundamentos biológicos de la personalidad. Baste con trasladarnos a Río Piedras, al Viejo San Juan o a Ponce.

Recuerdo cuánto me gustaba abordar a mis pacientes deprimidos, desde la perspectiva de que la depresión era en realidad una expresión patológica del duelo por la pérdida del objeto humano, como afirmaba Carlos Castilla del Pino, y posteriormente resultó, que esta premisa netamente psíquica,

tenía irremediablemente que compartir protagonismo con lo neurobioquímico, y en este incansable desenfreno de la investigación científica en el estudio del cerebro, emerge otra fascinante ciencia joven, la psicobiología. De todo esto, lo lamentable es que a la misma vez que se desarrollan las neurociencias y la psicobiología, se posterguen ciencias entre otras, como la psicología médica, que parten de la premisa de que por muy contundentes que sean los descubrimientos sobre el genoma humano y los sustratos neurobioquímicos del comportamiento y de la enfermedad mental, el ser humano debe estudiarse y entenderse como una totalidad en la que se integran y adquieren sentido único, pero enriquecido por la diversidad, factores biológicos, psicológicos y sociales.

Si Erich Fromm levantara la cabeza, seguramente aportaría señalamientos interesantes sobre nuestra psicología social-comunitaria y diría que Puerto Rico es vivo ejemplo de su premisa fundamental de que el ser humano ante todo se define como un ente social, ya que este influyente autor le concedió especial importancia a la estructura social en la que se desarrolla o forma el individuo. Deberíamos preguntarnos si la estructura de la sociedad puertorriqueña es saludable. Decía Fromm que ante todo, la persona debe ser libre, y que la lucha por su identidad debe ser, en última instancia, la lucha por su libertad.

Aquellos que, como mi profesor Cencillo, menosprecian lo biológico, lo experimental y lo instrumental, están a la misma baja altura, contradicción intencionalmente incluida, de los que en el extremo opuesto, han quedado seducidos por la etiología biológica, ya que no han logrado entender que la realidad humana trasciende lo somático, lo psíquico y lo social; porque el ser humano es un ente indisoluble entre mente y cuerpo que va más allá de determinismos hermenéuticos, procesos de neurotransmisión sináptica o sistemas

condicionadores de tipo social-comunitario. Me siento muy complacido con ser un psicólogo-médico, o como me gusta decir, un psicólogo que estudió medicina, que al mismo tiempo que empuña un bolígrafo para, por ejemplo, escribir una receta de un antidepresivo, siente que el arte de la psicoterapia es insustituible como lo es la individuación de cada ser humano que a diario, tengo el honor de atender, porque sigo creyendo que no hay enfermedades sino enfermos.

Recuerdo que cuando hacía mi internado de medicina, iniciando la ronda de piso en medicina interna con el médico-maestro, entramos en una habitación en la que había una señora de unos 55 a 60 años. El internista, por cierto excelente, después de un inexpresivo buenos días, cogió el expediente, revisó los resultados de las pruebas diagnósticas y de laboratorio, y dijo lacónicamente, “señora, usted tiene esclerosis múltiple”. Y mientras escribía en el expediente, sin mirar a la señora, le dijo: “Le voy a poner una consulta a neurología.” Sin más, salió de la habitación; me percaté de que la señora que estaba de pie junto a la mesita de noche, experimentó un pequeño desmayo, palideció y se sentó en la cama. Ese día me quedé un rato con la paciente y no pasé visita con el médico-maestro porque entendí que en ese momento era más necesario ejercer la psicología médica. En la evaluación de mi rotación por medicina interna había una nota en manuscrito que en obvia referencia a mi persona decía, “excelente, pero usted se mete donde no le importa”.

Al día de hoy sigo pensando que nunca un regaño de este tipo me había reivindicado más en mi creencia de que por encima de la faceta de médico o psicólogo está la de persona, que la ciencia sin humanismo es descivilización, que pragmatismo sin idealismo es egoísmo y que por más que el cerebro pueda comprender al cerebro, este sólo es parte de algo que, en su realidad concreta, y aunque parezca

contradictoria, se llama humanidad. Expresión de esta diversidad, complejidad y totalidad es el paciente drogodependiente, portador en muchos casos de una rica psicopatología, que muchos en su ignorancia, confunden con manifestaciones de las fuerzas ocultas y al mismo tiempo y paradójicamente, representa una de las manifestaciones, más contundentes y fascinantes de la importancia de factores neurobiológicos. Estos definitivamente, permiten entenderlos mejor y aumentar la disponibilidad de tratamientos farmacológicos, como por ejemplo, la efectividad de la buprenorfina en el tratamiento de los pacientes dependientes a opiáceos.

Como profesional de la salud mental quiero, en la parte final de mi reflexión, compartir una especie de denuncia, que como la obra de Cervantes, es universal. ¿Acaso la locura, personificada en la figura de Don Quijote, no ha sido la más universal de todas las contadas literariamente? ¿Acaso ésta no representaba otra cosa que la búsqueda incansable del idealismo de las nobles causas? ¿Habrán estado o estarán locos los idealistas? ¿Habrá relación entre idealismo y locura? ¿Será el idealismo una especie de enajenación mental?

La locura de Don Quijote no sólo era humana, porque humanos son los trastornos mentales, sino buena, bien-intencionada, desprendida, apasionada y justa. Su delirio no era otro que el ejercicio de valores trascendentales, sólo que en etapa y tiempos anacrónicos. ¿Pero acaso alguien podía sustentar que los valores que trascienden al ser humano son anacrónicos? El engaño, la burla descarnada, la mofa virulenta, el fraude malicioso y la utilización del bienestar de todos para el beneficio de una minoría, no sólo no son anacrónicos, sino que nos castigan con la omnipresencia de retóricas que rayan en lo burlesco. ¿Se acuerdan de aquel *slogan* que decía “nuestros niños primero” y de un personaje

cariduro, con nombre de pueblo, pero que precisamente no era fajardeño?

Don Quijote representa la eterna realidad del paciente mental, olvidado, no entendido, burlado, engañado, herido en su honda nobleza, precisamente por los que se adjudican el título de nobles y cultos, y sobre todo, y en sentido peyorativo, por los que se pasan de listos. Sancho Panza es fiel, porque desde su humildad y de su obligado realismo, que es el que emana de la vida cotidiana, por largos momentos, se deja contagiar del idealismo de Don Quijote. Representa lo mejor del pueblo de a pie, pero es víctima de la indefensión de su origen humilde, de su ignorancia y muchas veces de su falta de memoria. ¿A cuántos Sancho Panzas le han prometido en Puerto Rico la ínsula de Barataria? ¿Acaso nos faltarán buenos índices de memoria colectiva?

La obra de Cervantes nunca podrá dejar de ser universal y contemporánea; y no sólo no pierde vigencia sino que es de permanente actualidad, ya que trata de la convivencia del realismo y del idealismo. Es el tratado de la vida y de la realidad de la humanidad en la que los buenos de corazón y ricos de muchas cosas, los justos, los nobles, los humildes, los necesitados y los enfermos, y sobre todo los enfermos mentales, viven existencias dolorosas a causa de la intolerancia, el prejuicio, la miopía de ciertas políticas públicas y la malicia de los especuladores de la vulnerabilidad humana.

Disponemos de una legislación de avanzada en salud mental que contempla derechos inalienables, como paridad entre salud física y mental, abordaje interdisciplinario y rehabilitación más allá de control de síntomas. Pero del dicho al hecho va un trecho que se expresa sencillamente en la falta de aplicabilidad de la ley, en su espíritu y contenido.

¿Qué será de nosotros si realmente nuestros niños no son primero, nuestros adolescentes adolecen de pasividad por ausencia de propuestas creativas, y a los pacientes psiquiátricos y drogodependientes se les deja evolucionar en una cronicidad sin retorno? ¿Qué será de nosotros si los profesionales de la salud mental quedan a merced de los especuladores de la salud o mejor dicho, de la enfermedad mental, obligándoles a entrar en la eterna controversia entre lo ético y lo conveniente o costo-efectivo?

El caballero de la triste figura, ciertamente se debatió a caballo entre la psicosis y la lucidez, pero su lucidez se convirtió en una experiencia depresiva por la amargura de constatar una realidad, donde los caballeros de sus novelas de caballerías se esfumaban conforme se disipaba su delirio. Su vuelta a la realidad, obligada a entrar en la razón de su escueta cotidianeidad, hubiera hecho casi imposible en nuestros días devolverle la felicidad, a pesar de nuestros progresos en psicofarmacología y técnicas psicoterapéuticas. El estado de nuestro sistema de salud mental, de sus protagonistas, los pacientes, los proveedores, los pagadores y el gobierno, es tan desarticulado e incoherente, que la enajenación de cada uno respecto al otro es tal, que adolece de una especie de esquizofrenia que grita a los cuatro vientos ¡sálvese el que pueda! Y es que dice un refrán que “a mar revuelto ganancia de pescadores”, aunque aparentemente en Puerto Rico, los únicos que pescan son los especuladores expertos en finanzas.

Gracias a Dios, el idealismo persevera en muchos seres humanos, manifestándose en la búsqueda de la justicia social, de la nobleza desinteresada por el bienestar de los más desfavorecidos, entre ellos los que tienen problemas de salud física y mental y por ello y con la coherencia del que aplica la honestidad en lo que piensa, siente y hace. Termino esta

reflexión deseando que se proteja a los proveedores de paz mental, sean psicólogos, psiquiatras o de otras disciplinas, porque enaltecen la humanidad y nunca dejarán de ser universales como siempre lo han sido Don Quijote y Sancho Panza.